

EL CHARGOY QUE YO CONOCI

José Merino y Coronado*

Don Anselmo Chargoy: a un año de su muerte

Fue allá por 1950 ó 1951 cuando entré al Instituto de Geofísica gracias a la invitación que me hiciera el Ing. Ricardo Monges López, fundador y el entonces Director del mismo. Allí conocí a Chargoy, que había entrado desde la fundación del Instituto, en 1949.

No teníamos cubículos, ni salones, ni laboratorios, ni nada. El Instituto de Geofísica entero cabía en tres o cuatro cuartos y dos pasillos del cuarto piso del edificio Tlacopan de Puente de Alvarado 71 donde se amontonaban también una oficina del Dr. Nabor Carrillo, otra del Dr. Sandoval Vallarta, la CICIC (Comisión Impulsora y Coordinadora de la Investigación Científica) que luego se transformó en el Instituto Nacional de la Investigación Científica o algo parecido que fué el anticipo de CONACYT y no sé cuantas otras cosas más.

Debido a la falta de muebles y de espacio, yo ocupaba un escritorio en las mañanas y Chargoy lo utilizaba en las tardes. Así nos conocimos. El era fundamentalmente un matemático y yo, físico e ingeniero, me inclinaba más bien, a los trabajos prácticos, a los que no tardé en llegar, cuando por aquellos días se montó una estación de rayos cósmicos que el Instituto puso bajo mi cuidado. Entonces nos veíamos casi a diario. En estas cosas de la producción del cerebro, solía decir a menudo; "no parece que haya muchas universidades de mala calidad, sino más bien muchos hombres que no se paran un rato a pensar y luego a darle forma a lo que pensaron".

Por aquellos días de 1951 se trataba de fundar la Sociedad Mexicana de Fís-

sica, cosa que se logró por fin después de algunos trabajos. En la lista de socios Fundadores está incluido Anselmo Chargoy, como está en la de Socios Fundadores de la Sociedad Matemática Mexicana fundada con anterioridad y en la de los fundadores de la Unión Geofísica Mexicana.

A mí, con el tiempo se me olvidó pagar las cuotas anuales de las sociedades de Física y Matemáticas y me dieron de baja de ellas por falta de pago. Chargoy pagó puntualmente estas cuotas y asistió a prácticamente todos los congresos de todas las asociaciones, en las cuales, además, casi siempre presenté algún trabajo. En más de una oportunidad, con motivo de reuniones internacionales de la Asociación Internacional de Geodesia y Geofísica le tocó representar a nuestro país en la rama de su especialidad: el magnetismo terrestre. Todas estas cosas las hacía como algo de rutina, como algo que hay que hacer como parte de la vida cotidiana y ni se envanecía por ello, ni lo ponía de manifiesto como algo que pudiera darle prestigio en un determinado momento. Estas eran las inquietudes que le conocí a Chargoy sobre su trabajo y sobre algunos aspectos de la ciencia.

Yo no puedo decir si era bueno o malo como matemático, porque mi preparación en la matemática es más bien escasa. Pero algunos procedimientos que me enseñó me ayudaron mucho a resolver ciertas ecuaciones a las que se llegaba con algunos problemas en los que me metí. Aparentemente, como profesor de Matemáticas en la Escuela de Ingeniería de la UNAM era formidable y en ello es-

* Centro de Ciencias de la Atmósfera, UNAM

tuvieron acordes más de 30 ingenieros que fueron sus alumnos desde 1951 a 1970 ó 75 y a quienes logré interrogar.

Por aquellos días yo andaba tratando de promover la construcción de un radiotelescopio para estudiar el Sol, pero con poca suerte, porque los astrónomos decían que el Sol está demasiado cerca de nosotros. Chargoy muchas veces me habló de la necesidad de corroborar con la observación directa algunas particularidades que debía de tener el campo magnético del Sol y que se derivaban de sus estudios puramente matemáticos. En aquellos lejanos tiempos los astrónomos estaban casi unánimemente convencidos de que el Sol no tenía campo magnético. Eso ocurría hacia 1952 y 1953, cuando también Chargoy sostenía que Júpiter debería de radiar ondas electromagnéticas, en contra de las ideas generales entonces de moda, según las cuales Júpiter no debería de radiar nada. Como los astrónomos estaban por entonces en contra de las presunciones de Chargoy y el radiotelescopio no se construyó jamás, tocó a otros investigadores de otros países encontrar variaciones en el campo magnético del Sol y radiaciones radioeléctricas de Júpiter. Para nuestro mal, Chargoy tenía razón, pero nadie le hizo caso en México.

Anselmo Chargoy no era afecto ni a títulos ni a distinciones de ninguna especie. Terminó su carrera de matemático, con calificaciones bastante buenas, pero no se apresuró a recibirse: "no voy a saber mucho más con hacerlo así", decía a menudo. Varios amigos tuvieron que molestarlo durante muchos, pero muchos meses para que se recibiera presentando una tesis que tenía escrita desde hacía también muchos meses.

De Puente de Alvarado el Instituto de Geofísica pasó al edificio de Ex-arzobispado, donde hoy están el Servicio Meteorológico y el Instituto Panamericano de Geografía e Historia y donde cada uno de nosotros tenía un escritorio, lo cual ya era un evidente progreso, pero nada más. Las máquinas de escribir de

las dos secretarías que había no dejaban trabajar a nadie con el ruido de sus teclas...excepto a Chargoy, cuyo escritorio estaba siempre lleno de libros que se consultaban, según pude observarlo ahora que trabajábamos juntos todos, en las mañanas, aunque yo iba pocas veces, porque mi estación de rayos cósmicos para el montaje de la cual había venido al Instituto de Geofísica, hacía rato se había trasladado a Ciudad Universitaria, a un edificio muy chistoso y muy incómodo que ahora no sirve para eso.

Pronto Geofísica se trasladó a Ciudad Universitaria donde ocupó primeramente dos o tres aulas de las que más tarde fue la Facultad de Derecho y, una vez que el edificio estuvo acondicionado en 1954, a los pisos tres, cuatro y cinco de la Torre de Ciencias. Chargoy era Jefe del Departamento de Magnetismo, pero nunca quiso ni vigilar ni menos fiscalizar a los que trabajaban en el Observatorio Magnético o se dedicaban a las observaciones de campo. "Si el trabajo está bien hecho, yo salgo sobrando", solía decir. Y siempre se ingenió para que el trabajo de los muchos jóvenes -que substituyeron a dos o tres observadores viejos y capaces que murieron en el desempeño de sus funciones- estuviera bien hecho. Aunque tenía su cubículo, hacía sus ecuaciones y escribía sus trabajos en una mesa de la biblioteca, en el tercer piso de la Torre, siempre llena de libros y que la Bibliotecaria le asignaba especialmente: era "la mesa del Maestro Chargoy" y no se la dejaba ni al mismo Director. Se llenaba de libros poco a poco y cuando ya no cabían más, el maestro se pasaba a otra que comenzaba a llenarse, mientras la bibliotecaria vaciaba y limpiaba la primera, que ahora sí era para el servicio del público. Así trabajaba Chargoy y en aquella mesa de la biblioteca se prepararon centenares de problemas para sus clases de la Facultad de Ingeniería (entonces simple "escuela") apuntes para las mismas y decenas de desarrollos matemáticos para sus trabajos. Por cierto que

su capacidad para ellos era muy grande, aunque a primera vista eso no pareciera muy evidente. Cuando tenía un problema por resolver se olvidaba hasta de rasurarse, con el resultado de que muy a menudo andaba, como quien dice, "como un chayote". Pero todo mundo respetaba a Chargoy y a nadie le importaban las puntas de su barba entrecana.

Así era el hombre de ciencia y el profesor que conocí. Sin embargo me entendí más con el hombre mismo. Yo ven-go de una familia muy pobre y cuando era apenas un preparatoriano hube de ganarme el sustento como ayudante de plomero, destapando caños y más tarde como aprendiz de electricista. Esto me hizo comprender y estimar más a Chargoy, quien también tuvo una adolescencia no muy luminosa o descansada: fue curtidor y más tarde obrero. A la edad de 13 años una máquina le destrozó una mano y nunca se quejó por eso. La mano acostumbra meterla en la bolsa respectiva del saco. Entiendo que más tarde progresó y llegó a ser impresor. Hecho a resistir las arbitrariedades de los patrones, fue dirigente obrero y estudió derecho para enfrentarse a los problemas laborales.

En 1933, junto con otros estudiantes de derecho a los que encabezaba, interpeló enérgica y públicamente al Procurador General de la República para que dijera si en este país "es delito enseñar las teorías de Marx". En aquellos tiempos para hacer cosa parecida era necesario tener, como quien dice, unos riñones del tamaño de la Catedral y Chargoy en esta ocasión y en muchas más que le conocí, demostró que los tenía. El Excelsior del 20 de enero de 1983, al recordar el incidente en su columna "hace 50 años", dice que el Procurador contestó con una amenaza no muy velada, sino todo lo contrario, cosa que a Chargoy y a sus compañeros no les importó mayormente.

Con Sandino, con la República Española y contra todas las tiranías de Amé-

rica o de donde fuera, así conocí yo a Chargoy.

Muy creyente no era. Yo diría que más bien no creía en nada. El problema religioso para él no existía. Lo ignoraba simplemente. No porque careciera de argumentos antireligiosos -que si le conocí y muy buenos- sino porque no quería molestar a nadie con algo que para él estaba resuelto desde hacía muchos años.

Después de cada vacación, al regresar a labores, Chargoy visitaba todos los cubículos, todos los laboratorios, todas las dependencias del Instituto de Geofísica: "para ver si estamos todos", decía. Alguna vez uno o dos compañeros de trabajo fallecieron durante una vacación.

No se embriagaba, pero no rechazaba nunca una buena copa. Gustaba de la buena comida y jugar al dominó. Por eso iba con frecuencia al Centro Asturiano. Se decía que le atraían mucho los vinos españoles y las muchachas bonitas, pero a ¿quién que tenga menos de cuarenta años, como éramos entonces todos los que hoy estamos entregando nuestro "informe final", no le gustan también?.

Era muy aficionado a cantar y a la música de danzones y canciones veracruzanas, único resto que le quedó de aquellos bailes de los años veintes a los que tanto asistió Chargoy.

Anselmo Chargoy fue envejeciendo y empezó a tener dificultades con la marcha. Pero no perdió el buen humor. Cuando alguien le preguntaba "¿cómo te va? nunca decía que bien o que mal. Decía simplemente: "me va y a mis años ya eso es ganancia".

Yo lo ví por última vez como un mes antes de su deceso. Sentado en el automóvil, no podía salir de él sin ayuda. Un mal de la columna lo tenía inmóvil. Aún así trabajaba. Como otros

ayudantes que tuvo no le dieron, como se dice, el ancho, preparó a una de sus hijas, matemática como él y le dio por tarea aprender sus ideas y assimilarlas.

Aquel último día en que lo ví también por última vez, la mano de Anselmo ya no apretó como era su costumbre. Comprendí que ya estaba como él decía, "en la recta final". Sin embargo, cuando le dije, como es mi costumbre ¿cómo te va?, alegremente, con voz firme, como siempre, me contestó "me va y ya sabes que a mi edad todo es ganancia".

No sé si Anselmo Chargoy fue buen matemático y no quiero discutir si fue un sabio. Yo sé que fue un amigo leal que murió como vivió: como un hombre.

Como el decía, "ya no le va", pero también, como él habría dicho, en su caso ya todo es ganancia.

Adiós, Anselmo, Hasta pronto.

REUNION 1984

La Reunión Anual de la UGM se llevará a cabo en la ciudad de La Paz, Baja California en el mes de Noviembre.

Fechas límites:

Recepción de solicitud de participación y nombre del trabajo.

1o. de Agosto

Inscripción adelantado y recepción de resúmenes extendidos.

1o. de Octubre

Si desea recibir la 2a. circular e información adicional envíe la forma anexa.

Para mayores informes diríjase a:

Unión Geofísica Mexicana, A.C.
Comité Organizador Reunión 84
Apartado Postal 1805
Ensenada BCN. 22800
MEXICO

FORMA DE INSCRIPCION.
Reunión Anual 1984

UNION GEOFISICA MEXICANA, A.C.

Nombre.....

Título.....

Dirección.....

Areas de interés.....

Asistiré sin presentar trabajo

Asistiré y presentaré ponencia